FAMILIAS MISIONERAS... para contagiar la alegría del Evangelio

El papa Francisco sueña con una Iglesia en salida, pero también con matrimonios que no se queden encerrados en sí mismos, "para derramar su bien en otros". Así lo refleja en *Amoris laetitia* y así lo promoverá en el Encuentro Mundial de las Familias que tendrá lugar este verano en Dublín. Una invitación a vivir en las periferias que ya han asumido familias en experiencias misioneras de verano o de larga duración.

Una luna de miel en Etiopía. No para hacer la imprescindible ruta del origen de las civilizaciones que ofrece cualquier agencia de viajes especializada. Tampoco para adentrarse en un safari por la región. **Alexia Manzano** y **Jorge Centeno** viajaron a la antigua Abisinia como misioneros. Juntos. En familia. Justo hace diez años se dieron el "sí, quiero" en el altar, pero también un "sí" a la misión *ad gentes* que les llevaría dos meses a colaborar con varios proyectos de las misioneras de la Caridad y la familia comboniana.

Este matrimonio madrileño pone rostro al deseo que el Papa ha expresado en el mensaje dirigido a los asistentes al Encuentro Mundial de las Familias que se celebrará el próximo mes de agosto en Dublín. "Sueño con una Iglesia en salida, no autorreferencial, una Iglesia que no pase distante a las heridas del hombre", escribe **Francisco** en una carta a los participantes en la que subraya la importancia de "la misericordia que nos hace nuevos en el amor; y sabemos cuánto las familias cristianas pueden ser lugares de misericordia y testigos de misericordia".

Lo cierto es que, desde el inicio de su relación, tanto esta licenciada en Ciencias Ambientales como este trabajador social y maestro vivieron su amor "en salida". Un año antes de su boda, en 2007, como novios fueron a Calcuta con las misioneras de la Caridad, en una experiencia de verano; "un tiempo que nos ayudó a confirmar que no

Alexia y Jorge

entendíamos nuestra vida solo para nosotros". A estos dos primeros viajes les seguiría una estancia de cuatro meses en Mozambique con las religiosas combonianas, mientras iniciaban los procesos para convertirse en familia de acogida.

En este periplo vital, estos jóvenes de la comunidad dominica de la basílica Virgen de Atocha vieron cómo su congregación de origen daba un salto cualitativo en lo que a la misión compartida con los laicos se refiere. La ONG Selvas Amazónicas se abría a la participación de seglares y quería contar con Alexia en sus filas para hacer esto realidad como subdirectora.

En 2014 se fueron con sus dos hijos mayores a Ceuta para colaborar en un proyecto de ayuda a migrantes de los javerianos y el pasado año dieron el salto con la entidad dominica a República Dominicana, acompañados por su tercera hija de acogida. "Desde fuera hay quien puede verlo como un gesto grandilocuente, pero nosotros lo vivimos con normalidad. A nivel logístico no supone mucho, más allá de los miedos, por ejemplo, a que la pequeña pudiera contagiarse del dengue, cosa que no sucedió", explica Alexia. "Los niños, desde su espontaneidad y su inocencia, transmiten mucho más a Jesús que nosotros. Recuerdo una reunión comunitaria nada más llegar, en la que ellos mismos se presentaron con sencillez diciendo que querían echar una mano en lo que fuera. Cautivaron a todos". Ese mismo efecto también se generó a la vuelta "en el colegio y en otros sitios donde han contado su testimonio".

"Vivimos nuestra vida en clave de misión; quizá por eso decidimos salir físicamente, pero también ir fuera de nosotros mismos con el acogimiento", relata Alexia, quien asegura que, para dar estos saltos, "solo es necesario tener inquietud, fortalecer la fe y ponerse a tiro". Por eso, ya están valorando la posibilidad de hacer la maleta de nuevo.

Alegría para el mundo

Y todo, con esa máxima por delante que ha establecido el Pa-

pa como lema para las jornadas de Irlanda: "El Evangelio de la familia, alegría para el mundo". La cita busca profundizar en la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, que invita a que el núcleo familiar cristiano no solo acoja "la vida generándola en su propio seno, sino que se abra, salga de sí para derramar su bien en otros, para cuidarlos y buscar su felicidad".

En esta clave viven **Cecilia Rey** y **Manuel Cuervo**: "Cuando descubres que el matrimonio y la misión de anunciar el Evangelio a los demás es una llamada del Señor y no una opción tuya, todo cambia". Por eso, restan importancia al hecho de haber dejado durante dos años trabajo, casa y demás seguridades para marcharse a Perú. Desde la parroquia del Sagrado Corazón de Madrid, hasta el vicariato apostólico de San Ramón. De un barrio madrileño, a una demarcación eclesial de más de 76.000 metros cuadrados, que multiplica por diez en extensión a la capital de España y que cuenta tan solo con 42 sacerdotes.

"Aunque suene a tópico, hemos descubierto que la misión consiste más en estar que en hacer. Nuestro ser y estar como matrimonio se apreciaba como un signo", apunta Cecilia. Ella misma destaca también cómo llevar la comunión a los enfermos y ancianos se reveló como un pilar de su estancia americana: "Llevar el cuerpo de Cristo cada sábado a personas que verdaderamente lo anhelan nos hizo ser conscientes del sentido de nuestra misión. No hemos hecho otra cosa que tener nuestra vida parroquial de aquí allí, pero durante las 24 horas del día".

Este informático de 42 años y su esposa, experta en economía, de 43, restan importancia a su labor en la catequesis de iniciación, en el apoyo dentro de la asignatura de Religión en las escuelas rurales, en las visitas pastorales a las aldeas más alejadas, en la preparación al matrimonio y al bautismo. A estas iniciativas se sumaba un programa semanal de radio en el que, explica Manuel, "ofrecíamos nuestro testimonio de vida como familia, a partir del planteamiento del Papa en *Amoris laetitia* y de las catequesis que se prepararon para el Encuentro Mundial de las Familias celebrado en Filadelfia".

Cecilia y Manuel en Perú

Perú llegó tras estancias de corta duración en Etiopía, Sierra Leona, Marruecos y Cuba. Pero, sobre todo, tras un proceso de discernimiento personal y en pareja a través del grupo Jóvenes Misioneros de la Delegación Episcopal de Misiones de la archidiócesis de Madrid. "Cecilia tenía clarísima la llamada a algo más duradero. Sin embargo, yo me resistía, y fue en Cuba donde descubrí que teníamos que dar un paso más", confiesa Manuel, que de América Latina se trae un nuevo impulso vocacional: "Estando allí he sentido la llamada a ser diácono permanente incardinado en Madrid".

Pero ¿qué aportan Cecilia y Manuel, en medio de la entrega de los sacerdotes y religiosos del vicariato? "Nos lo decían el obispo y

los misioneros permanentes: «Aunque no hagáis nada, vuestra sola presencia como matrimonio cristiano que pasea unido, que habla, que comparte tareas, que rezáis juntos, es un testimonio de vida en medio de una realidad donde el concepto de familia está herido por la desestructuración, con hijos de padres distintos, con abuelos asumiendo las tareas de la crianza, con el papel minusvalorado de la mujer...".

Esa misma sensación es la que tienen **Paloma de la Fuente** y **Miguel Rus**. La experiencia de verano que vivieron esta fisioterapeuta y este ingeniero industrial sevillanos también en Perú hace cuatro años les convirtió en faro para otros, solo por su mera presencia entre las comunidades de Moyabamba durante dos meses: "Ante la enorme cantidad de abandonos a la familia que hay tanto por parte de hombres como de mujeres, ofrecer un testimonio de una pareja que se quiere y se aprecia desde la mirada de la fe, a pesar de las dificultades, es la semilla que pudimos sembrar".

Fue Paloma la que tomó la iniciativa de dar el salto, ofreciéndose a la Delegación de Misiones de Sevilla; de ahí nació la propuesta de acompañar a **Diego Román**, un sacerdote de su tierra, en su labor catequética y evangelizadora. Miguel, criado en la espiritualidad claretiana, y Paloma, de manos de las religiosas del Santo Ángel, emprendieron una aventura que les llevó a descubrir el "Dios proveerá" como el himno por excelencia de la misión *ad gentes*.

"Cuando alguien que recién te conoce te abre las puertas de su casa, te ofrece lo que casi no tiene y lo hace porque se siente tu hermano, te planteas tu manera de entender tu fe", explica Paloma, mientras que Miguel comenta que el viaje no lo hicieron los dos solos: "Desde el primer día que se nos cruzó por la cabeza esta bendita locura, sabíamos que, como familia cristiana, nos acompañaba mucha gente con la oración, pero, sobre todo, que lo teníamos a Él con nosotros. En los momentos de dificultad, que los tuvimos, Él nos sostuvo, nos impulsó y nos ayudó a seguir adelante".

Tal fue la huella que les dejó que, dos años más tarde, Miguel regresaría a Perú: "Me quedé en paro, y tanto el sacerdote como mi mujer se compincharon para que volviera, en un momento complicado para mí. Irme me ayudó, pero siento que solo fui medio misionero. Aunque mi mujer me acompañaba permanentemente en la oración, me resultó duro no afrontarlo juntos". La próxima vez, que no la descartan, de nuevo, los dos. Como familia misionera.

Paloma y Miguel

JOSÉ **BELTRÁN**